

· Cine Club Caligari ·

lugar a dudas / Cine de Autor / Abril - Mayo 2011 / Cali - Colombia

07

Cine Asiático Contemporáneo

Dos ciclos de cine dedicados a la ficción y a la no ficción. Todos los Martes y Sábados a las 7:00 p.m. en el patio de *lugar a dudas*.

Los sábados, en Cine de Autor, estarán dedicados a la proyección de obras de autores cinematográficos, que han creído que el cine se equipara más a un arte que a una técnica o un comercio, quienes han construido una obra profunda y consecvente.

No se trata de hacer una exposición museística o heroica de grandes nombres de la historia del cine. Ni tampoco de reforzar la teoría del cine de autor, ya suficientemente discutida por los teóricos. Lo que nos mueve son las muchas opciones que existen para presentar una serie de películas: a través de la exploración de los géneros, de movimientos, de temáticas comunes, etc.

La programación está a cargo del docente y realizador Oscar Campo, y las obras son investigadas y proyectadas por Luisa Fernanda González, miembros del cineclub Caligari de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle.

Dirección del cine club:
Oscar Campo

Investigación:
Luisa Fernanda González

Coordinación de publicaciones:
Cesár García

Corrección de estilo:
Astrid Muñoz

Diseño y diagramación:
David Álvarez Gómez

Impresión:
Feriva

Las publicaciones reciben el apoyo de:
Ernesto Fernández

lugar a dudas es posible gracias al apoyo de:

Mario
Scarpetta

AVINA STIFTUNG

ARTS
CULTURA
BOGOTÁ
ORV

FORN
DOEN

peque
culturas
H2VOS

M
S

Ernesto
Fernández daros-latinamerica

lugar a dudas
Calle 15 Norte # 8N-41 Barrio Granada
Tel. 668 23 35
www.lugaradudas.org
lugaradudas@lugaradudas.org
Cali - Colombia

Cine Asiático Contemporáneo



Love will tear us apart

Director: Nelson Yu Lik Wai

Año: 1999.

Duración: 109 min.

China

¿Cómo se conoce la gente en un mundo en el que todos están de tránsito, y en el que el consumo puede llenar todos los deseos con fórmulas de cliché? Ese es el mundo, un poco apocalíptico, que nos presenta Nelson Yu, en esta, su primera película. Él ha trabajado como director de fotografía para Jia Zhangke, uno de los directores más prominentes de algo que para encajar y tratar de entender y analizar, han llamado “La Sexta Generación”. Se trata de cineastas cantoneses que plantean un cine por fuera de la industria, con narrativas más documentales que de ficción—muy influenciadas por François Truffaut, en el manejo de los dramas de amor—y con una mirada crítica a la situación de soledad y globalización que vive su país. Junto a Zhangke crean una productora—Xstream Pictures—con la que han realizado ya nueve películas juntos, motivo por el

cual la semejanza en el estilo de los dos es notoria.

El estilo de la “Sexta Generación” está presente en este filme, con una mirada sobria, de planos fijos y de acciones naturalistas—principalmente por la actuación austera y los largos silencios—que nos permiten captar la situación de desplazamiento en que viven las personas en China, y su soledad, en un mundo en el que la guerra pasó hace mucho, pero en el que sus habitantes la siguen recordando en el cine, en las canciones, y en la búsqueda de los jóvenes soldados que dieron sus vidas y de aquellos otros que afrontan el sufrimiento de dicha ausencia, como la muchacha que llega a buscar a su novio a Hong Kong y termina prostituyéndose. La huellas de un cierto neorrealismo son ahora otras: la globalización, el mundo de consumo, las grandes urbes y su ruido, la felicidad a través de las can-

ciones, de la música pop de Teresa Teng, que murió de asma, y la imposibilidad del amor, por parte de unos personajes de los que no comprendemos su actuar, ni de dónde vienen, qué quieren, ni para dónde van, pero que a la vez se entrecruzan por breves lapsos, de modo que la existencia de uno tiene influencia sobre la vida del otro. Ahí está el muchacho que arregla los ascensores que, sin saberlo, ocasiona que el hombre que no le quiso vender pornografía a un precio asequible se quede encerrado en el ascensor, justo cuando iba detrás de la muchacha prostituta a la que no volverá a ver jamás, y quedar de nuevo bajo “*el sufrimiento más grande del hombre*”, de su deseo de suicidio. Así se retorna a la pregunta inicial: ¿cómo se conoce la gente en estos días? ¿Para qué?



Good bye, Dragon Inn

Director: aAño: 2003.

Duración: 82 min.

Taiwan

Esta es una de esas películas en las que realmente no pasa nada. En los otros filmes de Tsai Ming Liang – *El sabor de la sandía*, *El Agujero*, e incluso en *Qué hora es allá*, en la que no pasaba gran cosa – los personajes se enamoran, de manera silenciosa y oculta, pero se miraban a la cara, tenían sexo, y lo principal, algo que hacía de estas películas de Ming Liang inolvidables, era el irrumpir en estos mundos parcos, lluviosos y oscuros, de especies de sueños en los que los silenciosos personajes cantaban canciones pop, con brillantes trajes, luces de colores, bailarinas y humo con olor a fresa. Pero en *Good Bye, Dragon Inn*, no pasa nada de eso. Los personajes no se miran, y si se miran, no se hablan, y si se hablan nada tiene sentido para nosotros, los espectadores. Estos personajes son como fantasmas, que entre quienes cuidan el cine y quienes lo visitan, los podríamos contar con las palmas de las manos. Es el mundo de las viejas salas de cine, el apocalipsis, que este director taiwanés siempre representa, recrea este lugar de películas viejas, y por qué no,

legendarias. Ya no hay urbe, la soledad ha invadido hasta los objetos: una soledad conforme en la que cada quien hace su trabajo, y los demás se vuelven una presencia incómoda, una mujer que come *manimoto* y la boca le suena bocado tras bocado, o unos pies que alguien sube a la silla de enfrente, y que le quedan justo en la cara a otro. Todo este mundo parsimonioso de planos que parecen ralentizados, y que incluso podrían simular fotografías, son el perfecto contraste a la historia de una dinastía china que se teje en la pantalla del cine. De una mujer que salta con su sable matando a diez hombres, y que se antepone al rostro lleno de vetas de luz de la mujer coja que cuida el cine.

El final de la proyección es el final de *Good bye, Dragon Inn*. Con la lluvia, elemento usual que rodea las películas de Ming Liang, y una canción popular de los años cincuenta de Yao Lee, vemos cómo todos se van por su lado, luego de dos viejos amigos encontrarse, para decirse, uno al otro: “*ya nadie va al cine*”.



The taste of the tea

Director: Tsai Ming Liang

Año: 2004.

Duración: 143 min.

Japón

Un niño que nunca le confesó su amor a una niña. Ella ahora se va del pueblo en un tren, tras el cual él corre para confesarle su amor, sin alcanzarlo... era de todas formas demasiado tarde, ahora tiene un agujero en la cabeza, producto del tren imaginario que atraviesa su conciencia, o bien de un sentimiento de vacío. Ya no hay a quién amar.

Mientras tanto su hermana no deja de verse a sí misma gigante. Observa su imagen brotando del suelo o flotando en el aire. Ella no sabe por qué aparece constantemente esta imagen, que nadie más ve, sólo ella es atormentada por sí misma.

Así mismo sus padres y su tío están buscando algo en ellos mismos, hay un cierto deseo de superación inconsciente que con-

forma la trama de esta película. Y es de esa palabra, Inconsciente, de la que debemos hablar aquí. De la búsqueda de la representación de la psiquis humana que al final será una sola: el deseo de felicidad que, como el atardecer, es pasajero, pero que regresa, que siempre está ahí, en el trasfondo de la mente. Son los dramas individuales, los sentimientos llevados a un plano físico, surrealista, en el que la búsqueda de la superación individual empieza sin darse cuenta, sin desear iniciar este viaje que nos transforma a todos en héroes cotidianos.

Y por muy positivo, y por muy semejante a un cuento que se le dice a un niño para que vaya a su cama a dormir, placentero, esta película está atravesada por la violencia que surge de la misma

manera mágica en la que ocurren todos los eventos. Tanto la televisión y sus discursos mediáticos, enfocados en el entretenimiento, como la guerra de *yazucas* o pandilleros, tal como la conocemos en nuestro contexto, se sitúan en el plano de lo ilógico, de lo inconexo, en una historia más que contar y escuchar a la hora del almuerzo, antes de dormir.

The taste of the tea es pues una película estética que se asemeja a un viaje psicotrópico en el que el truco de la pantalla verde es la herramienta primordial para recrear el cosmos de magia, que recuerda las viejas e inolvidables películas de George Méliès. No en vano la experiencia audiovisual de Katsuhito Ishii parte de la animación manga, y del cine fantástico.



Syndromes and a century

Director: Apichatpong Weerasethakul

Año: 2007.

Duración: 105 min.

Tailandia

Valdría la pena hacer todo un ciclo dedicado a mirar el estilo de este director. Con sólo 31 años y una producción cinematográfica que inició en el 2000, y que ya tiene seis películas con su nombre, este tailandés nos sorprende con un cine de una narrativa fresca, o bien podríamos decir: nueva. Pone por primera vez el nombre de su país en festivales de cine como Cannes, y conforma el Movimiento de Liberación del Cine Tailandés, en contra de la censura – la ley de censura en Tailandia está desde 1930, y prohíbe escenas donde se consuma alcohol, donde la gente se bese, y, como en el caso de este filme, donde aparezca un monje tocando guitarra y cosas por el estilo.

Apichatpong lo que propone es un cine del más allá, un cine de extrañas estructuras que podría ser ciencia ficción, pero que par-

te del imaginario de *lo real*, con planos fijos, actores naturales, y la fuerte presencia testimonial de estos. Apichatpong plantea la existencia de un mundo alterno, como en el caso de *Syndromes and a century*, pero basándose en la antropología urbana a través de la cual hace un cine crítico de lo que es la globalización y la actualidad de las tradiciones de su país.

El mundo paralelo, o el más allá, de estos filmes, no se plantean como tramas o hilos narrativos como los de la ciencia ficción. El universo estético de este director tailandés surge más bien de unos choques inesperados que devuelven a un espectador que veía una película naturalista - de un arte y una fotografía simples, de escenarios reales y luz solar, testimonial y de planos que nos remitan al cine documental – al planteamiento de un cine manierista,

mágico, totalmente ficcional.

Y al final de cada filme hay una cierta felicidad, un ciclo que sigue, pero en el que los personajes son todos como ángeles; todos tienen algo de lo que puede aprender el espectador, todos permiten identificarse con ellos, sin necesidad de heroísmos, simplemente por hacer parte de lo que es “la naturaleza humana”. Una naturaleza humana de bondad, que se hunde en la lógica del mundo contemporáneo: la ciudad, el tráfico, el consumo, lo masivo, para al final brotar de nuevo con unos personajes transformados, sin que sea este el final de sus películas, pues gracias a su narrativa orgánica, y a su concepción del *más allá* como parte de la existencia del hombre, el cine de Apichatpong quedará abierto, por siempre atado a la vida y a la muerte.



Shara

Director: Naomi Kawase

Año: 2003.

Duración: 100 min.

Japón

Kawase vuelve en esta película sobre temas con los que se iniciaría en el documental: la maternidad y la búsqueda de lazos familiares perdidos, que comenzó con la indagación sobre la figura de su padre, y con la narración de la vejez de la abuela que la crió, después de sentir que estaba en embarazo- es de recordar la escena en que ella pareciera estar grabando a sí misma durante el nacimiento de su hijo-.

En *Shara*, la directora japonesa nos cuenta la historia de una familia que pierde un hijo gemelo, con ese estilo que desarrolló en sus diarios íntimos. Una especie de cine directo, intimista, y lleno de una magia con la cual provee su mirada a las tradiciones, la naturaleza, las esperas por la revelación, el nacimiento y la muerte.

La familia Aso vive en un barrio tradicional en la ciudad de Nara, en Japón, el mismo en el que creció Kawase, quien a través de su relato trata de evitar el sentimentalismo, la nostalgia, pues lo que

quiere es enseñar a sus espectadores una sociedad que a través de los años ha mantenido un cúmulo de tradiciones, tanto en las labores que realiza – el trabajo de la artesanía en tinta china – como en las fiestas que celebra, liberadoras y devotas – las fiestas de Bon en verano-.

Shara parece así una película casi de época, con unos personajes sumidos en la nostalgia por el polvo en medio del laberíntico barrio, y que dejó al resto de familia viviendo cíclicamente. Sólo la aparición del hijo, que el espectador no verá, y la entrada a la madurez de su hermano, y de Yu, su amiga de la infancia, tras romper su inocente desconocimiento del porqué mágicamente se habían desaparecido sus seres queridos, da pie a la naturaleza progenitora y deslumbrante que caracteriza el estilo de Kawase: una lluvia balsámica que cae sobre el nacimiento de un nuevo niño en la familia Aso.

